Contaba doña Orosia que cuando murió el doctor Andillo, sintiéronse en la casa ruidos de cadenas, carcajadas y sollozos subterráneos, porrazos y lamentaciones, semejantes á los que en toda conseja han de armar duendes, trasgos y encantados personajes; pero esto inventó la noble señora, sin duda, porque no estaba al cabo del interesante descubrimiento, que á la crónica fiel permite anotar entre los numerosísimos sectarios de la religión del por si acaso al filósofo de los Breves apuntes, y teníale, como la generalidad de las gentes, por el espíritu más despreocupado y síncero, masón y hereje hasta la punta de las uñas.

Tampoco debía de estarlo el autor anónimo de la Corona fúnebre, y si lo estaba, supo callarlo con la discreción requerida para que el héroe no sufriese menoscabo en su reputación, y fuera su nombre, en vez de enseña del libre pensamiento, ludibrio de los que le creyeron capaz de iluminar el misterio con el rayo de luz de sus doctrinas.

Lo que debió de oir doña Orosia, y á esto hay que atribuir su error, abultado por las circunstancias, fué ciertos gemidos que en una pieza de los Duseuil, vecina de la suya, resonaban sordamente; pero no era ni diablo, ni enano, ni ser sobrenatural quien los daba, sino el propio Juanillo, tumbado en el catre fementido de marras, con los dos puños sobre los ojos y babeando toda la hiel de sus recónditos pesares, hasta caer en el sopor que la misma violencia del dolor produce al fin, y soñar que, dormido sobre una almohada de rubias panochas, al pie de una escala tan brillante como la de Jacob, veía bajar por ella una

mocita de melena blonda, al dulce son de guzlas y salterios.

Entretanto, enterraron á D. Hipólito con mucho aparato, y pasaron de ocho los oradores que desfogaron su elocuencia sobre su tumba, y, calentito aún el muerto, La Opinión y El Cotidiano abrieron sus amplias columnas para la subscripción nacional en favor de su estatua, y se nombraron comisiones; muchos señores de la clase de incógnitos, ganosos de aparecer en letras de molde, ofrecieron donativos, y en poco tiempo estuvo á dos dedos de su realización la extraordinaria idea de labrar en mármol la figura del doctor D. Hipólito Andillo, cuando aún esperan honra semejante tantos y tantos próceres de fama inmortal.... Afortunadamente, algo más práctico hicieron los amigos organizadores de la subscripción: negociar en el Congreso una pensioneita para la viuda inconsolable, pues aunque en los largos años de cátedra pereibió el doctor Andillo sin retraso su dieta, y SIBLIOTECA UNIVER la nación no le era deudora de un solo cen-

Pate. 1625 MONTERREY, MEXMOR "ALFONSO REVES"

162

tavo, sino la ley, obligábala á pensión forzosa la mala costumbre.

No quedaba misia Liberata en la indigencia, ni mucho menos. De lo que producía la casa, la mitad tenía que dar á María Cleofé, pero ésta declaró que no quería más dares ni tomares, renunciando en obsequio de la hermana cuanto la correspondía, y añadiendo de su peculio una cantidad mensual, que costó los imposibles hacer aceptar á misia Liberata. Después vino la pensión del Gobierno, y con esto y lo otro la viuda tuvo para algo más que para alfileres; y sin el obligado recogimiento y su modestia inveterada, pareciera más boyante que en vida de D. Hipólito. Poco se le figuró aún á la de Patrick estas larguezas suyas, y quiso llevarse consigo á la hermana: viudita de tan buen ver, antojábasele expuesta, si no á peligros, á muchas habladurías en la soledad del caserón, entre la dudosa mezela de inquilinos desconocidos.

Porque, excepción hecha de los Duseuil, el mismo día del entierro del doctor Andillo abandonaron sus cuartos respectivos los Barbados y Franz Blümen, en procesión que fuera alegre si el doloroso acontecimiento lo permitiera, con tanto cachivache, tanto arcón y tanto lío, que nadie que les vió llegar, les reconocería al salir; y también se marchó Juanillo Duseuil, con un maletín de viaje y el insoportable fardo de su pesadumbre á cuestas.

Las dos piezas que dejaron desalquiladas los Barbados, las ocupó luego un matrimonio italiano, y un tallista, italiano
también, tomó la modestísima de Franz,
gente muy honrada al parecer, pero desconocida, y para María Cleofé de ninguna
confianza; así, insistió en lo de recoger á la
hermana en su casa, ofreciéndola un departamento aislado, independiente, libre de
ruidos y de todo género de molestías, donde podía estar sola y acompañada, según el
humor del momento, insistencia remachada
por Mr. Patrick, con tan abundante sínceridad y toda la fuerza de sus graciosos infinitivos, que misia Liberata no dijo que sí,

pero tampoco repitió que no. Seguian en misia Liberata las resoluciones, la misma evolución pausada y metódica que la fruta en el árbol, sujeta á la ley includible del crecimiento y de la madurez; tal vez los consejos, como ciertos procedimientos del agricultor, podían acelerar aquella, pero nunca se decidia por un extremo antes de discutirle en su interior concienzudamente, con aquel frío razonar suyo, extraño en mujer joven v guapa; no de otro modo dió el sí al que fué su marido, favoreció las pretensiones del que lo era de su hermana, ni se resolvió á dejar el caserón, casos todos trascendentales en su vida. Después de muchos meses de encierro y de doloroso silencio, anunció á María Cleofé que consentía en marcharse con ella, pero que antes era menester arreglar la manera de que el por todos conceptos grato hospedaje no se convirtiera para ella en insufrible y humillante dependencia, y el mejor arreglo parecíale, á fin de evitar desagrados futuros, dar tal cantidad mensual, que con su pensión y la renta de la casa, bien podía hacerlo sin apuro. Protestó María Cleofé y amenazó con ofenderse profundamente, burlándose de su exagerada delicadeza, llamándola melindrosa y otros motes, que no convencieron á misia Liberata; y por no echar á perder la negociación, hubo de aceptar el pacto, contentísima al cabo de tener junto á sí á la hermana querida, para quien guardaba buena parte de los dulzores de su excelente corazón.

Esta resolución de misia Liberata traía aparejada otra, objeto también de largas reflexiones. Un día llamó á Duseuil y le hizo entrar en la biblioteca; estaba ella sentada junto á la mesa: vestía de riguroso luto, y por la grave seriedad de su actitud pareció á Max una hermosa estatua, puesta allí para llorar la ausencia de D. Hipólito, cuyo espíritu conturbado diríase vagaba aún, con aleteo de murciélago, por los ámbitos de la obscura habitación.

—Señor Duseuil—dijo la voz suavisima de misia Liberata,—¿sabe usted para qué le • llamo? Pues para esto.....

Decidida á dejar la casa y á buscar el arrimo de la hermana, porque su juventud no la consentía, á los ojos de la sociedad, la independencia que la otorgaba la viudez, con harta tristeza suya, había pensado en que él, obrero honradísimo y económico, podía quedarse con la finea, á título de inquilino principal, y subarrendar por su cuenta las piezas sobrantes. ¿Qué ventajas sacaria él en el negocio? Primera, el excedente del total de alquileres, pues con lo que los otros pagaban pagaría él la locación de la finca, y quizás tendría libre de gastos las piezas que para sí se reservara; después, estas y las otras..... No se explica un agente de negocios con mayor claridad, y las hermosas manos de misia Liberata acompañaban, con mímica expresiva, al gesto insinuante, á su voz de timbre musical y á los sentidos suspiros propios de su situación: sacó cuentas como una matemática, y asombró á Max por lo mucho que se le alcanzaba en floreos mercantiles. Con parecerle á Max el negocio soberbio, no se atrevió á aceptarlo en redondo, y dijo que lo pensaría.

Esto significaba consulta previa con la mujer. Madama Clémence halló tan de su agrado el ofrecimiento y de tan grande provecho; que sin que discutieran ni poco ni mucho el cuánto, quedó todo arreglado en el día; en pocos más cambió de domicilio misia Liberata, y fueron los Duseuil dueños absolutos de la casona de Andillo.

Entonces se trasladaron del segundo patio al primero, y ocuparon las propias habitaciones de los amos: en la que fué biblioteca pusieron una sala muy cuca, y del tocador de la señora hicieron un obrador cómodo y lleno de luz; compraron para el comedor y la alcoba muebles de nogal y roble, colgaron en puertas y ventanas preciosas cretonas y yutes con viso de seda, oleografías y espejos de pasta en las paredes; la vajilla de loza trocaron por fina porcelana francesa, y como eran dueños de la cocina del fondo, tomaron criada que les guisara, una de allá, también normanda.

¡Qué transformación! ¡Qué lujo! ¡Cómo lucía todo y cómo reflejaban las lunas la risueña y gallarda figura de madama Clémence y la bonachona de Max! La misma mère Celeste, encerrada en un cuadro dorado, sobre el orondo sofá de la sala, en el sitio que durante tantos años presidió el coronel Samponce, abría ojos tamaños de asombro. ¡Ah! ¡Si ella viviera, y pudiese catar la pobrecilla el dulce fruto de la prosperidad!

Nunca madama Clémence le saboreó, como ahora, en la meta de sus modestas aspiraciones: de ser ama de casa, tener sus comodidades, su pasar, y el porvenir seguro, en lo que cabe, dentro del limitado círculo que encierra á los humanos; nunca, ni cuando Max la anunció que Mr. Patrick le asociaba á su negocio, y contando las economías y echando cuentas se pasaron la velada por ver si era posible reunir lo necesario para realizar la combinación en proyecto: las sumas salieron más claras que la luz, pudo ostentar su hombre un galón más en

la manga de la blusa, y, sin embargo, tan grande como fué su júbilo, no llegó á serlo tanto como este de sentirse un poco menos obrera y un poco más señora, descansar á u antojo, sin temor de que se le pasaran las planchas ó se la quemara el potaje, y tener autoridad para mandar, que es el del mando instinto poderoso también. Sidonia, traiga usted..... Sidonia, lleve usted..... Y estarse quietecita, mientras Sidonia va, viene, ejecuta, barre, friega, lava y guisa. Ya sus manos, encallecidas por las bajas faenas domésticas, no rozarían el mango de la escoba, ni la badila de las hornallas, ni se abrasarían con los ácidos de los jabones propios para el fregadero; tal vez, más tarde, como las cosas pintaran mejor, abandonaría su oficio de planchadora, porque Max ya lo había dicho: que si el negocio seguía prosperando, quería verla de señora, como la Fiorelli de enfrente.

Ella se miraba y remirábase en sus espejos, que lo menos cuatro tenía y de clase superior, despertada la coquetería señoril con aquel cambio de situación no seguramente improvisado, por capricho de la lotería, sino ganado á fuerza de puño, en aquel largo duo del serrucho del marido y de la plancha suya, duo sostenido sin desfallecimientos. ¡Con qué tranquilo gozo podía sentarse ahora, cruzados los brazos, y echar la vista atrás hacia el camino recorrido desde que salió de la aldea con el miedo de lo desconocido! ¡Oh, América, tierra generosa, que no has menester de más abono que el sudor de la frente!

A madama Clémence le pareció que no se avenía ya con su nuevo carácter de inquilina principal esto de andar con la cesta de ropa en la cabeza, y tomó una oficiala, y luego otra: así no tenía que estar de la mañana á la noche encorvada sobre la plancha ardiente, doloridos el pecho y las espaldas; de maestra, vigilaba el trabajo de las subalternas, no hacía más que preparar el bórax á fin de regular la tiesura de la tela, y tenía tiempo sobrado para el grato mangoneo de su casa: limpiar con una gamuza

muy fina el roble y el nogal de sus muebles, quitar el polvo de repisas y frágiles chucherías con el plumerito rojo, porque Sidonia podía hacer alguna barrabasada; ó contemplarlo todo, feliz con la posesión de aquel menaje, y la idea de que estaba dans ses meubles, suprema aspiración de la mujer hacendosa.

Algo más contribuía al mayor contentamiento de madama Clémence, y era haber logrado enderezar la torcida naturaleza de Juanillo, á fuerza de paciencia y de rigores, aquel Jean selvático, rebelde y vicioso; pero ¡cuánto trabajo la costó! ¡cuánto disgusto! Al principio, creyeron ella y Max que no sacarian partido del muchacho, y más de una vez, sobre la ya planchada pechera de una camisola cayeron lágrimas importunas, que estropearon la faena del día: todo resultaba inútil, lo mismo las bofetadas que los consejos, el internado en un colegio que la encerrona en casa, ó los trabajos forzados en el aserradero; y de repente, el que comparaban á lingote de hierro,

por lo duro é inflexible, se convirtió en pedacito de cera, que á poco más se les funde entre las manos. ¿En virtud de qué influjo? ¿era el ambiente? ¿el ejemplo? ¿el espectáculo de aquel tole-tole comercial, la compra-venta elevada á la categoría de deidad, el Mercurio reinando y gobernando absoluto, inclinados todos sobre el yugo, inficionados todos del deseo de lucrar, todos absortos en la idea tiránica del medro y de la fortuna? Bien cerca tenía, por cierto, modelos que copiar, y se empeñó en imitarlos, con esa voluntariosa persistencia que era una de las grandes fuerzas de aquella almita, y que hacía decir á madama Clémence:

-Este lo mismo podrá ser un hombre de bien, que un pillo; que se le ponga en la cabeza, y punto concluído.

Felizmente, gracias á misteriosa influencia, optó por lo primero, y se metió con pie firme en el buen camino. Fué dormilón, y se hizo madrugador; irrespetuoso, y se puso un candado en los labios; calle-

jero, y no salió ya de casa.....; Vaya, que quien le había convertido buenas manos para convertir tenía! Mejor no lo hace el más elocuente fraile descalzo. Y que la cura iba de veras probábalo su afán en el trabajo, el porfiado plantón debajo del cobertizo, entretenido en la enfadosa tarea de contar sacos, del alba al anochecer, sin que se le oyeran protestas; quejas sí le oían los hermanos, pero producidas por la creencia de que aquello no le daría bastante para llegar á rico en breve tiempo, y que aun en el supuesto de que algún día Max sustituyera á Mr. Patrick como patrón del aserradero y ocupara él la plaza de Max, á buena hora vendrian las mangas verdes, que no serían pocos los años que habríanle caído encima.

La intervención de monsieur Fo sac calmó á tiempo sus cavilaciones y alentó sus esperanzas. Este monsieur Fossac era un lionés de muy buena sombra, secretario de L'Union Ouvrière y segundo redactor del veterano periódico Le Coq Gaulois, ligado

á los Duseuil por amistad de larga data, argentino naturalizado, entusiasta de su nueva patria, sin que esto fuera óbice á que el afecto de la otra se mantuviera ardiente y lo expresara con aquella viveza que, así en su conversación como en los gestos de su cara mofletuda y en los ademanes de sus brazos cortos, chispeaba y se encendía al solo nombre de la hermosa Francia lejana. Pues este monsieur Fossac tenía un hermano agricultor allá en Santa Fe, y puso toda su buena voluntad para que consintiera la pareja normanda en confiarle el muchacho, y vencida la resistencia de madama Clémence, que á Max el proyecto encantó desde luego, él mismo le llevó á la colonia, le instaló en la heredad del hermano, recomendándole y sermoneándole paternalmente, y cada mes venía tres veces por lo menos á la calle de Charcas con carta, ya del Fossac mayor, ya de Juanillo.

— Chère madame, cartita tenemos: el chico está como un pino de sano, de alto y de robusto; lea usted. Ha hecho ya una

siembra de maiz y de trigo. La vida de campo le sienta á maravilla y dice Jean Pierre que será uno de los mejores colonos.

Si, así lo decía Jean Pierre, el Fossac mayor, y lo confirmaba Juanillo en cartas respetuosas, comedidas, impregnadas de entusiasmo: trabajaba mucho, no jugaba ni bebía; como la langosta no viniera, la cosecha sería ópima, porque el trigo estaba ya granado y los maizales soberbios. Concluia el año con tanto y cuanto de reserva, v el próximo tendría más, mucho más, y lo primero que pensaba hacer ¡cosa más fácil! era comprar una hectárea y luego edificar una casita de ladrillo, con techo de pizarra, jardin y bastantes arbolitos en contorno que la asombraran poéticamente, como en los nacimientos. Por eso se levantaba tan temprano, y cumplía los deberes que el senor Fossac le había impuesto, vigilando los peones, los ganados y las diversas operaciones agrícolas, con severidad igual á la que los hermanos le aplicaban cuando él no era

el hombre de ahora. El sol le había quemado bastante y el bozo rubio que trajo era va bigotillo de retorcidas guías: no le conocerían de cambiado que estaba. Iba todos los domingos á la iglesia del pueblo, y oía misa con grande compostura. Leía en los ratos de ocio, porque un rico que no sabe nada es semejante á un burro cargado de oro..... Les extrañaba mucho, pero poco á poco se hacía al necesario destierro.... Así sucesivamente, en cada carta, ora tristón, ora alegre, siempre seguro del porvenir y de sí mismo. ¡Qué proyectos y qué cuadros de vida aldeana sabía pintar con un rasgo de pluma, sencillo y encantador! Era para irse á la colonia María Luisa, á hacer de pastorcitos y dejarse abrasar de aquel sol vivificante, que así fortalecía el cuerpo y sanaba el alma.

Eso sí, como coletilla de cada carta venía una postdata preguntando: «Dites-moi, ¿qué es de los Barbados y de Tito?....» Sólo á Tito nombraba, pero advertíase que por Tito únicamente no se interesaba tanto. Y madama Clémence pasmábase con estas noticias halagüeñas, mientras el amable mensajero, cuya obesidad le mantenía en un sillón de la sala hiposo y sin alientos, sonreía mostrando las encías:

—¿Qué tal, chère madame? ¿No os lo decía yo? Lo que Jean necesita es aire libre, rienda suelta, alejamiento..... Ya le tenemos agricultor hecho y derecho. Lo demás vendrá por sus cabales ¡sacrebleu!

Sí que vendría, Dios mediante, como tantos beneficios habían venido en el curso tranquilo de los años, sin que las pestes y fieros males políticos que en dos ó tres ocasiones desolaron la capital les perjudicara, ni en la salud ni en la hacienda. Seguramente la madre Celeste, que fué una santa, pedía al Señor en el Paraíso por sus nietos, y el Señor la prestaba oído bondadoso. No tenía ojos monsieur Fossac para ver que en aquella casa la prosperidad y la felicidad, dos hermanas gemelas que rara vez andan juntas, habitaban en dulce paz ¿pues no era un favor del cielo?.... Estas y